

á sus propias fuerzas. Justamente, y abandonada á sus propias fuerzas, los Sultanes se han sucedido como los vértigos en las cabezas enfermas; los crímenes mayores se han perpetrado hasta en el palacio de los ministros; el único estadista que amaba desinteresadamente á Turquía y contaba con una política liberal y fija ha caído en desgracia y ha andado errante por el destierro; los ejércitos más heroicos se han disuelto; Armenia está casi perdida, y Bulgaria eleva sus fortalezas como picos aislados sobre universal inundación; el pobre y prisionero Murad conspira en sus hierros por volver al sólio de donde lo ha derribado su impotencia; los partidarios de unos y otros pelean en los serrallos mientras los ejércitos caen desplomados en los campos; la estrangulación vuelve á ahogar la protesta; y Constantinopla se siente amenazada por el conquistador que desde luengos siglos la busca y la codicia. De suerte que ha hecho bien el primer ministro británico pronunciando con santa humildad una palabra que resume admirablemente su situación crítica en Oriente: la palabra *paciencia*. Es una virtud cristiana, muy cristiana; pero poco, muy poco guerrera. ¿Se habrá pronunciado para invitar al Imperio británico y al Imperio turco á una resignación forzosa en su derrota?

## RUMANIA Y AUSTRIA

EN LA

### GUERRA DE ORIENTE.

Mientras los rusos acampan, como en tierra propia, por las llanuras de Rumanía, contrafuerte elevado entre Turquía y Rusia, á fin de evitar los choques continuos de dos potencias tan implacablemente enemigas, publican los periódicos un convenio diplomático, mediante cuyas cláusulas queda el principado convertido en verdadera provincia moscovita, como si esta guerra de emancipación no pudiera iniciarse sino revelando en seguida, por una serie de actos fatales, su carácter predominante, su carácter de guerra de conquista. Hubiéramos comprendido que, débil Rumanía, desamparada de Europa, sin seguro para su neutralidad, sin esperanza de conservar su independencia, dejase á la fuerza y á la violencia disponer de sus destinos, limitándose á formular una protesta, elevada y elocuente, para

que resonase de alguna manera en la conciencia de Europa, siquiera hubiesen de responder á ella ese desden y esa indiferencia que nos hielan y que destruyen la especie de anfictionado europeo, tan necesario á la civilizacion universal y á sus futuros progresos. Pero desentenderse de los deberes con Turquía, rasgar el tratado de París, poner todo género de obstáculos al paso de los beligerantes turcos por el Danubio y todo género de franquías al paso de los beligerantes moscovitas por el Pruth; escribir un pacto, que cuenta ya con la solemne ratificacion de las Cámaras, y que asegura libertad entera al ejército del Czar, y que entrega, así los correos como los telégrafos, así las vías férreas como las vías ordinarias, y que facilita, por medio de la Administracion rumana, el servicio de campamento, y que cede desde los empleados hasta el material para la construccion de puentes; hacer todo esto equivale á instituirse en lo que tantas veces llamaron sus enemigos á los directores y príncipes de los Estados danubianos: en sargentos del ejército invasor, en cortesanos de sus generales, en implacables enemigos del Occidente, á quien deben las primeras bases de su frágil y combatida independencia. El crimen sube de punto tratándose de aquel principado, que se ufana de ser español é italiano, que lleva sangre latina en sus venas,

que habla lengua análoga á la nuestra, que desciende en línea recta del gran Trajano, y que, léjos de coadyuvar al engrandecimiento de razas enemigas nuestras, debia sentir cuánto necesitan los pueblos meridionales, situados en regiones tan codiciadas y tan felices, oponerse á los esfuerzos de la amenazadora conquista. Un príncipe aleman puesto á la cabeza de un pueblo latino parece llamado á proceder como procedió la casa de Austria con nosotros, á subordinar sus vasallos, en toda grave crisis y en todo supremo conflicto, al interes de la raza á que pertenece. Y, sin duda alguna, el príncipe de Rumanía recibe órdenes superiores de Berlin, que indican, ó bien próximas intervenciones en la cuestion de Oriente, ó bien anexion de las amenazadas provincias holandesas, que los alemanes consideran como medios indispensables á su poder marítimo, complemento de su poder y de su engrandecimiento terrestre.

Es una tradicion cortesana en Alemania el supersticioso respeto á Rusia. La familia que se asienta en el trono de Berlin ama con amor entrañable á la familia que se asienta en el trono de San Petersburgo. Para estos dioses mayores de las naciones, Rusia, á pesar de las corrientes subterráneas que la conmueven, será siempre la fortaleza de la autoridad; como Francia, á pesar

del orden que hoy la rige, será siempre la fortaleza de la revolucion. É iguales preocupaciones tiene la córte de Austria. Todos cuantos en los dorados salones de Viena abominan el régimen constitucional de Andrassy, y suspiran por la restauracion del régimen absolutista de Metternich, ponen sus esperanzas en Rusia. Es verdad que la ingratitude del año cincuenta y cuatro enemistó mucho á las dos córtes, pero tambien es verdad que ha sido harto castigada Austria con la pérdida del Milanesado y del Véneto, y harto redimida con largo arrepentimiento. De aquí la alianza entre los Emperadores, con desprecio quizás de las rivalidades entre los pueblos. Pero esta alianza, que en todo tiempo me pareció ilusoria, se fundaba sobre el *statu quo* en Oriente. Interrumpido por la insurreccion de la Bosnia y de la Herzegovina, regiones completamente eslavas, Austria no pudo hacer más que prestarse á un mejoramiento del *statu quo*, proponiendo las reformas á este fin conducentes, como medio único de evitar la guerra. Rusia lo comprendió, y trató de satisfacer al Austria. Así es que las invitaciones del Canciller moscovita á las simultáneas ocupaciones de las provincias bosnias y herzegovinas por el ejército austriaco, y de las provincias búlgaras por el ejército ruso, y la paz entre Sérvia y Turquía, que resultaba tan difi-

cil y que por la influencia diplomática se facilitó y concluyó tan prontamente, han sido concesiones de Rusia al Austria para que la deje ésta libre en su cruzada panslavista. Mas el Gobierno austriaco no puede todo lo que quiere; no puede apagar el ódio de los húngaros á los croatas, cuyas legiones arrancaron á Hungría su Gobierno autónomo en la grave crisis de la reaccion europea; no puede contener la agitacion panslavista en Bohemia, que siente hervir el espíritu eslavo en sus principales regiones; no puede calmar el ódio de los maggyares á los rusos y el entusiasmo por los turcos, de sangre mongólica tambien, como ellos; no puede impedir las rivalidades de los ruthenos y los dálmatas con las demas razas de su Imperio; no puede cooperar á una guerra en favor de los eslavos de Turquía, sin que esta guerra ceda en favor de los eslavos de Austria, y por consecuencia, en detrimento de su autoridad y de su poder sobre el Oriente. Para los que suelen pagarse de frases de proclamas, de promesas, la guerra de Oriente tiene por objeto emancipar á los eslavos; para los que miran al fondo y á la esencia de las cosas, los eslavos permanecerán siempre bajo el yugo de estas cuatro potencias: Hungría, Austria, Rusia y Turquía, mientras su tutela sea como el premio que entre sí disputan, y que de las manos se arrebatan, to-

dos aquellos que se creen y se llaman conquistadores y fuertes en el Norte de la triste y perturbada Europa.

Pero lo cierto es que el ejército moscovita se mueve ya dentro de territorios, si no pertenecientes á Turquía, de Turquía tributarios. Y nadie puede explicarse, sino por indolencia y fatalismo orientales, cómo esta potencia, tan amenazada, no se ha movido todavía en su legítima defensa. El menosprecio de los rusos ha sido tal y tanto, que han pasado el Pruth sin prévia declaración de guerra, y han notificado á la Puerta el rompimiento de hostilidades por agentes tan poco diplomáticos como albañiles y herreros, cuyos martillos y piquetas acaban de arrancar las armas y blasones al palacio de la embajada rusa en Constantinopla.

Pocas veces Europa se mostró tan vivamente agitada como en este gravísimo período de misteriosa crisis. Los sucesos que pasan á nuestra vista parecen tan inexplicables y tan extraños como si pertenecieran á tiempos de una oscurísima historia. Dificilmente podemos recoger la idea que de ellos se desprende y exhala. Por un lado vemos antiguos poderes despóticos, cual ese poder del Sultan, que ha oscurecido por tanto tiempo el Oriente de Europa, desplomarse entre el humo de la guerra y al estrépito de sus propias

victorias, mientras por otro lado vemos la libertad, la emancipación, la nueva era de los pueblos oprimidos, defendidas por otro poder igualmente despótico, por el poder de la autocracia rusa. ¿Quién hoy en el mundo no desea que los pueblos cristianos de Turquía, reducidos á triste inferioridad por la fuerza brutal y la victoria ciega, recobren aquellas condiciones de derecho, en la sociedad tan necesarias como las condiciones de vida en la Naturaleza? Mas ¿quién no teme que tras estos pobres siervos manumitidos se levante, como su protector natural y como su patrono, ese inmenso Imperio ruso, que, so color de ampararlos, vuelva de nuevo á oprimirlos, pretendiendo onerosas tutelas con el ensoberbecimiento que han dado á todos los poderosos la fortuna y la victoria?

No se cumplen desgraciadamente en la realidad de una manera unilateral y plena todos los progresos políticos. Grecia no pudo llevar su genio de libertad al Asia sino perdiéndolo ella misma y abdicándolo en la persona de Alejandro. Roma no pudo realizar la igualdad universal de sus ciudadanos y la idea de la humanidad, á cuyo influjo todavía vive, sino en aquel monstruoso imperio que aniquiló todas las libertades y todas las virtudes antiguas de la República. La emancipación del Oriente quizá no sea posible sino

oponiendo á una autocracia otra autocracia; al jefe de los creyentes musulmanes, el jefe de los creyentes griegos; al despotismo oriental de los mahometanos, el despotismo oriental de los eslavos, máquina guerrera destinada á una obra de emancipacion y de progreso. Pero así resultan los grandes conflictos históricos. Rusia, que respecto al Oriente representa un progreso, respecto á nosotros los occidentales representa una retrogradacion tan grande, que bien pudiera convertirse en verdadero peligro para el mundo.

Despues de todo, en el fondo de la cuestion de Oriente se disputa y contiende sobre la influencia rusa ó la influencia inglesa en Europa. No desconoceremos nosotros el carácter de egoismo y de aislamiento que ha tomado en los últimos tiempos la política inglesa, merced, quizá, á un principio exagerado de la escuela de Manchester: al principio de la paz á toda costa. No desconoceremos que en el conflicto último entre dos grandes potencias, en cuya virtud se han cambiado las bases de la política europea, Inglaterra observó despues de Sedan tal neutralidad, que rayaba casi en verdadera indiferencia, letal siempre á los gobiernos y á los pueblos. Ya un ilustre estadista inglés, Lord Russell, se quejó amargamente de esta indiferencia cuando dijo que habia reducido la nacion de la libertad á una fábrica

de algodón, y sus gloriosas escuadras á una simple marina mercante. Ya un orador popular inglés señaló, al ver cómo Francia se desgarraba é Inglaterra se retraía, la sangre de las venas francesas y la vida de la honra británica corriendo mezcladas tristemente por los suelos.

Mas, á pesar de todo esto, á pesar de verdaderos desfallecimientos, no podemos olvidar que, mientras Rusia degolló, el año 48, en Hungría y se opuso á la libertad en Alemania y en Italia, Inglaterra ha favorecido el régimen parlamentario entre nosotros; ha trabajado por la unidad y la independenciam de Italia; ha devuelto las islas Jónicas á nuestra madre la Grecia. Entre una influencia más progresiva que la influencia británica, y esta influencia cada vez menos pujante, el mundo no dudaria un minuto; pero entre la influencia inglesa y la influencia moscovita, no hay que dudarlo, el mundo se inclina al *statu quo*, temeroso de mayores males y de más tristes é irreparables retrocesos.

En la cuestion de Oriente hay un tema que nadie puede discutir ya ni negar: el tema de la necesidad de una reforma en los pueblos cristianos sometidos á Turquía. El sentimiento general reclama y necesita el remedio á una opresion ya insufrible y al triunfo de una igualdad verdaderamente inevitable. La diferencia estriba en las

garantías que han de darse á la realizacion de estas reformas. Miétras los unos creen que bastan la palabra y los propósitos del Sultan, los otros creen que urge la intervencion de las armas. Miétras los unos piden que Inglaterra ocupe el Bósforo, Austria la Bosnia con la Herzegovina, y Rusia la Bulgaria, los otros creen que esta ocupacion equivaldria á la muerte del Imperio turco, y la muerte del Imperio turco, al engrandecimiento excesivo del Imperio ruso. Turquía, espoleada por Inglaterra, presenta un proyecto de Constitucion, con el cual pretende demostrar su decision irrevocable de admitir en el seno de sus instituciones petrificadas la vida del siglo. Y Rusia, que no está por Constituciones, y que ademias sabe cómo se oprime con esbirros y pretorianos á los pueblos declarados libres por las leyes, repugna el considerar como garantía suficiente medida tan utópica. Ademias, de sobra sabe la opinion que esas Constituciones, fraguadas en este momento de peligro, desdicen del espíritu religioso y secular de Turquía; minan la base de su organizacion histórica, que se encuentra en el Califato, cuya dignidad altísima une las dos potestades terrestres, y pertenecen á un partido denominado la Jóven Turquía, puesto hoy en boga por Midhat-Bajá, merced á un conjunto de circunstancias en el fondo pasajeras, y

combatido rudamente por el Gran Vizir y por el Sultan mismo, acostumbrados al antiguo absolutismo y convencidos de su incontrastable necesidad entre los fanáticos pueblos del religioso Oriente. Lo que en realidad dificulta toda transaccion es que Turquía entera, con todas sus leyes, con todas sus instituciones, se levanta sobre el Koran, y el Koran desecha, como obra que es de fe y de propaganda, la confusion de los musulmanes con los cristianos, sometiendo indefectiblemente estos últimos á una inferioridad absoluta. Pueden transigir, y transigen, los pueblos acostumbrados á tener sus leyes por obras humanas, sujetas á la imperfeccion propia de nuestra naturaleza contingente, y á las correcciones exigidas por esta misma imperfeccion; pero los pueblos que creen oír la voz del cielo en las alturas del Gobierno, obedecer á leyes dictadas por Dios mismo en la eternidad, guardar libros inenmendables, esos pueblos, ántes que modificarse, mueren y desaparecen. El Koran, escrito cuando el Cristianismo llevaba algunos siglos de existencia y de propaganda, para pueblos ménos cultos que los contenidos en el inmenso Imperio romano, desconoció el gran principio evangélico de separacion absoluta entre los dogmas de la teología y los dogmas de la política, regulando desde la higiene hasta la administracion; y seme-